

La huelga general Argentina

Adolfo Gilly

unomásuno

Como testimonio de su inagotable vitalidad, cuyos resortes profundos tres años de dictadura sin precedentes y la crisis irreversible del peronismo no han podido destruir, la clase obrera argentina ha recurrido nuevamente, en las condiciones más difíciles de su historia, a su forma de lucha más desarrollada hasta el presente, la huelga general. Todo indica que el 27 de abril quedará marcado como una fecha clave en el proceso duro y complejo de la reorganización de sus fuerzas, nervio vital de la historia contemporánea del país.

Toda huelga general aunque sus motivos inmediatos sean estrictamente económicos, es un acto político por el cual la clase obrera prueba su relación de fuerzas con el Estado, mucho más cuando se la realiza en condiciones de represión. Ella se presenta como la culminación de un proceso anterior de paros, huelgas parciales y acciones separadas de protesta, que va confluyendo y engrosándose mutuamente hasta desembocar en el torrente único de la huelga general. El arte del Estado mediador y mediatizador es evitar esa confluencia, combinando la concesión con la represión, dosificadas caso por caso.

El Estado represivo sólo tiene el arte de atomizar al proletariado, pero le resulta enormemente difícil mediar y absorber las protestas.

Por eso, cuando pese a la prohibición de sus organizaciones y la persecución de sus dirigentes no logra llegar a destruir el tejido conectivo interior de la clase obrera, éste se recompone por vías ocultas (porque las organizaciones legales están prohibidas y las ilegales paralizadas o destruidas por la represión) y vuelve a aflorar en acciones colectivas como este paro. Sin que los casos sean iguales, es lo que sucedió en la huelga general de Génova, Italia, en marzo de 1943, bajo la ocupación alemana, y lo que acaba de ocurrir en Argentina el 27 de abril.

La huelga general no es nunca el resultado de la actividad de grupos guerrilleros, urbanos o rurales, sino del ascenso progresivo de la actividad de la clase obrera. En el último año, en Argentina hubo paros diversos en ferrocarriles, fábricas metalúrgicas, textiles, metro, portuarios, electricidad. A

través de ellos, empíricamente, los obreros fueron tanteando la reacción del gobierno y de sus distintas fracciones. Fueron "legalizando" la existencia de dirigentes sindicales, conciliadores, negociadores, comprometidos incluso con sectores del gobierno, pero los únicos posibles en las condiciones dadas. A su vez el gobierno no tuvo otro camino que ir abriendo los mínimos canales de negociación con un movimiento obrero, cuyo tejido de cuadros sindicales de base, desconocidos arriba y conocidos sólo en la profundidad de las fábricas, había sido cruelmente desgarrado pero se recomponía y regeneraba con la regularidad de un proceso natural que el Estado, pese a sus esfuerzos, no había podido interrumpir.

En las huelgas que estallaban aquí y allá, organizadas por un proletariado con una experiencia colectiva inigualable y además acorralado por el descenso de sus salarios a la mitad

La huelga general argentina

Adolfo Gilly

de los niveles de 1973 y la pérdida de sus grandes conquistas de los decenios anteriores, no aparecían dirigentes. La fábrica paraba, y no se sabía quién lo había resuelto — todos, como en el medieval Fuenteovejuna —, ni cuáles eran las demandas. Hubo casos en que las autoridades se vieron obligadas a pedir ellas mismas que los obreros nombraran representantes, para poder negociar el cese del paro aparentemente espontáneo.

El hecho de que los dirigentes de la Comisión de los 25 hayan resuelto lanzar la consigna de huelga general, y que pese al encarcelamiento de esos dirigentes y al silencio absoluto de todos los medios de difusión sobre la proyectada huelga, ésta se haya cumplido en una proporción notable, indica por sí mismo el grado de maduración alcanzado por ese proceso. Seguramente, es esta maduración la que impulsó a los diri-

gentes a lanzar esa consigna para mantener el control sobre un proceso que tomaba proporciones no previstas. No está excluido — no es posible saberlo desde lejos — que algún sector en las cumbres oficiales haya mostrado signos previos de condescendencia, vista la acumulación de la presión social que dificultaba cada vez más el funcionamiento normal de una industria que, en un país desarrollado como Argentina, es el eje absoluto de la vida económica nacional.

Nadie puede creer en el llamado "fracaso" del movimiento. El éxito de una huelga general no se mide por la paralización total de la actividad productiva, imposible salvo en casos excepcionales aún en condiciones de vida democrática, sino por su repercusión en la gran industria, según ese criterio el paro del 27 de abril, seguido por un 30 por ciento de los trabajadores según unos, y por un 75 por ciento según otros (los responsables de la Comisión de los 25), ha sido un éxito indudable.

Basta ver la lista de industrias en huelgas: las grandes fábricas del automóvil (Chrysler, Mercedes Benz, Borgward, Fiat, Ford), los tres ramales principales de ferrocarril que llevan a la capital buena parte de la fuerza de trabajo suburbana (Mitre, Roca y Sarmiento), sectores portuarios, metalúrgicos, textiles, papeleros, frigoríficos. En el conjunto de la industria, el paro fue parcial. En algunos establecimientos, en cambio, la proporción llegó al 90 por ciento.

El balance de una huelga general realizada en condiciones tan difíciles no se mide por la media aritmética, como si se tratara de una pacífica elección, sino por su concentración en los puntos de fuerza decisivos de la clase obrera, los establecimientos industriales y los sectores donde es más sólida su tradición organizativa, los que conforman lo que se llama "la opinión pública obrera".

Allí se expresa el estado de ánimo de la clase y su grado de combatividad.

Los resultados del 27 de abril dicen que, con enorme cautela, el proletariado argentino ha desafiado al gobierno y atravesó una frontera decisiva en su proceso de reorganización.